

Julio Alvarez del Vayo



La Nueva Rusia

segunda Edición

5 pesetas

ES PROPIEDAD

PARA

JORGE A. MITRE

*Director de La Nación de
Buenos Aires, con gratitud y
afecto.*

No es éste un libro de tesis o propaganda. Menos aún aspira a agotar el tema que lleva por título. Los aspectos de LA NUEVA RUSIA son casi tan vastos como sus horizontes. Es simplemente un libro de impresiones vividas por un periodista que estuvo en Rusia en dos ocasiones distintas después de la revolución (1922-1924), y que siente de antiguo especial predilección por las cosas rusas.

Tumbados sobre la paja, distribuída en abundancia para proteger nuestros huesos de los choques violentos que daba el intrépido Renault al internarse por los campos, íbamos los tres viajeros desafiando un sol de verano que nada tenía que envidiar al de Andalucía. Eramos el representante del doctor Nansen, Mr. Gorvin, un inglés muy inteligente y simpático, que lleva ya muchos años en Rusia; un agregado de la Legación noruega, interesado especialmente en cuestiones agrarias, y yo.

Para tener de Rusia una idea aproximada, hoy como ayer, hay que ir al interior, hay que vivir con los campesinos y tratar de descubrir cómo piensan y sienten, empresa la última no del todo sencilla. Mis dos acompañantes hablaban ruso, de modo que por ahí no venía la dificultad; el obstáculo principal estaba en vencer el recelo y la desconfianza del campesino ruso, ya ingénita en él y aumentada durante estos años por las visitas frecuentes de agentes comunistas a las aldeas. Por lo demás, la excursión se iniciaba bajo auspicios excepcionalmente favorables, y a no ser por un pequeño accidente, del que se hablará después, y que

pudo haber evitado la publicación de este libro, habría resultado deliciosa.

El coche en que viajábamos era un camión Renault, construido para llevar tres mil kilos, y de una resistencia que honraba su marca. Excusado es decir que no sentía nuestro peso, apenas aumentado por el del rapaz que hacía de chófer y por el de una ingrátida maestra de escuela que recogimos en la estación de partida para dejarla en su aldea natal, a mitad del camino.

La mayor parte del recorrido, unos trescientos kilómetros en total, lo hicimos a campo traviesa. En grandes trozos del trayecto no había carretera, y donde la había el chófer tenía buen cuidado de sortearla, tal era su estado de conservación. Únicamente en la última etapa, cerca ya de Sarátov, tuvimos la impresión de que volvíamos a encontrarnos en Europa.

Cada vez que el camión atravesaba un pueblecillo se repetía el mismo espectáculo. Al anunciarse la llegada del vehículo, los campesinos se asomaban a la puerta de su choza o se detenían en la larga avenida que da tono uniforme a las aldeas rusas, aguzando la mirada en actitud mixta de hostilidad y recelo. Pero en cuanto se convencían, por nuestro aspecto o nuestras voces, de que no éramos lo que ellos acaso temían, funcionarios en viaje de control, la frialdad se traducían en gran animación, y si preguntába-

mos dónde podían darnos agua hervida para hacer té, o cualquier indicación sobre el camino, reaccionaban en seguida con esa solicitud bondadosa del campesino ruso, que yo quisiera reivindicar aquí como parte de su carácter, no obstante haber leído tantas cosas sobre su crueldad.

Al anoecer, el paso por los pueblos tenía su grandeza escenográfica. Bandadas de rapaces descalzos, y entre ellos mozuelas adolescentes, de cabellera suelta y saya corta, corrían detrás del camión acompañándonos con su griterío alegre hasta las afueras.

Piropeábamos a las chicas en inglés, español y noruego, y ellas, adivinando el sentido de nuestras palabras, respondían con gestos de una encantadora gracia rústica.

Así hicimos todo el viaje, sin otro percance que el ya aludido y que paso a contar.

Se había obscurecido de pronto el horizonte, y los nubarrones negros iban cerniéndose sobre nosotros cada vez más próximos. Por toda la estepa soplaba fuerte aire de tormenta. Los caballos de las *troikas* que encontrábamos en el camino se encabritaban a cada relámpago, empujando, con las crines alborotadas, una carrera loca por los campos sedientos de lluvia. Sobre toda la región del Volga pesaba desde hacía semanas la amenaza de una nueva sequía y el recuerdo terrible de la que provocara en 1921

la catástrofe del hambre. Aquel aguacero que se anunciaba debía ser recibido como enviado por Dios. Pero nuestro chófer no compartía los mismos sentimientos. Supersticioso, como buen hijo de campesinos rusos, perdió en seguida la serenidad. Cada nuevo relámpago hacía temblar su mano en el volante. Según nos dijo después, iba, además, deshecho de cansancio, tras el bárbaro ejercicio de conducir durante ocho horas un camión como aquél por caminos imposibles.

El caso es que en una revuelta, yo, que iba a su lado, le sentí frenar en seco y le vi saltar de un brinco a tierra. El camión había quedado milagrosamente embarrancado al borde de un precipicio. Sin tiempo para darme entera cuenta del peligro, seguí al chófer, ayudando a descender a la maestra, mientras un grito suyo despertaba a mis dos acompañantes, que, tendidos todo a lo largo, habían conseguido dormirse, a pesar del traqueteo.

La perspectiva que se nos ofrecía no era muy halagadora. Nos hallábamos en plena estepa, sin ningún poblado que se divisara en la lejanía. Había comenzado a llover a cántaros, y en el bosque cercano cayeron algunas exhalaciones. Era preciso levantar la rueda delantera, completamente hundida en el barrizal. Gorvin juraba por todo lo alto.

Lo que más le indignaba era la pasividad del chófer, que, pasado el primer estupor, en cuan-

to vió que escampaba, volvió a su habitual estoicismo. Seguramente igual le daba quedarse allí dos horas que dos días. Es sobradamente conocido que la gente en Rusia no tiene noción del tiempo. Nosotros, en cambio, queríamos llegar aquella noche a Sarátoff, donde debíamos tomar a la mañana siguiente uno de los barcos que hacen la travesía del Volga.

Afortunadamente, acudieron unos campesinos a salvarnos. Con su ayuda logramos poner al camión en posición de poder continuar la marcha. Y como recompensa del retraso, aquella noche dormimos bajo un cielo admirable, en medio de una naturaleza inmensa, que acababa, con la lluvia reciente, de volver a la vida.

UNA ALDEA

Hacíamos alto en las aldeas que por uno u otro motivo nos parecían más interesantes. Así, en una, que es la que voy a describir aquí, y en la cual nos detuvimos por ser la primera en el ya largo trayecto recorrido, que se adornaba con una estatua de Lenin. Era un monumento tosco y primitivo, que remataba, a falta de busto, con un cuadro del dictador, orlado de crespones negros y una guirnalda de flores artificiales. Pero en medio de aquella aldea solitaria, que, como después averiguamos, sólo contaba con dos afi-

liados al partido comunista, tenía el tributo al gran muerto algo de verdaderamente impresionante.

El culto de Lenin se extendía por toda Rusia con la fuerza de un sentimiento religioso. En lugares donde no se conocía siquiera el nombre de Zinovieff, y si se le conocía era para cubrirlo de injurias, se pronunciaba el nombre de Lenin con respeto, e incluso con cariño.

“Padrecito, a ti te queremos; pero libranos de los comunistas”, así dicen que le hablaban en 1920 las delegaciones de campesinos que iban a Moscú a protestar contra las requisiciones.

La aldea se reducía a una larga calle con doble hilera de casas a ambos lados, que más bien parecían de barro que de piedra, cubiertas del típico techado de paja. A pesar de no tener más de quinientos habitantes, ocupaba gran extensión. El miedo al fuego, que destruye al año centenares de aldeas rusas, lleva a los campesinos a construirlas muy separadas. Los interiores variaban según el grado de prosperidad del propietario. En unas casas, que indudablemente formaban la mayoría, a juzgar por la impresión de conjunto, todo el ajuar se reducía a dos o tres camastros, alguna cocina con su imprescindible samovar y a una pieza que venía a ser el santuario privado de la familia y a la vez su estancia preferida, y donde los iconos sagrados ocupaban en las paredes el sitio de honor. El

campesino ruso sigue viviendo en su mundo espiritual de siempre, un mundo contra el cual, como se verá en otro capítulo de este libro, se han estrellado todos los esfuerzos comunistas, y que tiene por base la religión y la superstición. Por mucho que se le hable sobre el cultivo moderno de la tierra, él continuará sembrando, no conforme a las condiciones atmosféricas, sino según sus calendarios de santos.

Con ser una aldea de población reducida, se daban en ella los antagonismos sociales que tanto preocupan a los teorizantes del partido y que han consagrado en la oratoria de los últimos Congresos comunistas el término *kulak*. Se designa, con franco sentido despectivo, *kulak* al campesino más rico, al labrador de tendencia y concepciones burguesas.

La desnivelación de bienes se realiza aquí contra todas las previsiones de principio. Teóricamente ningún campesino debe tener en la misma aldea más que otro. Pero lo cierto es que en ésta en que nos detuvimos—e igual ocurre en casi todas las demás—el *kulak* es más rico que hace dos años, mientras existen campesinos que, según ellos mismos nos aseguran, carecen hasta de arado para trabajar sus tierras.

En algunos casos el *kulak* se siente lo suficientemente fuerte para extender su influencia económica al campo político. En la Prensa co-

munista oficial se han citado con escándalo tentativas suyas para llevar al Soviet local a gentes que les estaban obligadas en el terreno económico. Pero en general se contentan con saber bien repleto su granero y evitan toda ostentación de bienestar susceptible de provocar protestas o denuncias. Es más: mientras en la primera casa pobre que visitamos se desvivieron por atendernos, obsequiándonos con té y sacrificando en nuestro honor unos terrones intactos de azúcar—entre los campesinos muy pobres hay la costumbre de colgar de una cuerda un gran terrón de azúcar, que chupan alternativamente los familiares entre sorbo y sorbo de té—, al aproximarnos a la casa del campesino más rico del pueblo nos dijeron que estaba trabajando y que no volvería hasta muy tarde. No les gusta que la gente extraña vea que viven bien.

Se ha hablado mucho de la dejadez del campesino ruso en lo que respecta al aseo, y, en efecto, algunas de las chozas que visitamos hubieran hecho dar un salto atrás a cualquier viajero occidental que concediese excesiva importancia al sentido del olfato. Pero lo que no consigue aquí la inclinación a la limpieza lo logra la religión. Uno de los aspectos exóticos de la aldea rusa son estos baños comunales, donde cada sábado, grandes y chicos, se preparan convenientemente a comparecer en la iglesia limpios ante Dios.

La carestía de los artículos manufacturados ha dado gran impulso en las aldeas a la industria casera. Cansado de tener que pagar en la cooperativa de la ciudad un *pud* de granos por un *archin* de mala lana (1), el campesino ha comenzado a fabricarla por su cuenta. La tela para los vestidos o el *portianki*, es decir, las bandas con que substituyen a las polainas de cuero, todo se teje en casa. En vez de malvender en los mercados de las ciudades los cueros de la matanza, para tener que pagar después un capital por un par de botas, los aprovechan ahora para hacerse ellos mismos el calzado. Construyen sus casas, reparan su maquinaria agrícola sin contar para nada con el obrero urbano. Es la única manera de defenderse contra la “tijera”, ese concepto fundamental de la presente economía rusa, que tanto espacio ocupa en las discusiones del partido, y del cual los campesinos, a pesar de no haber leído a Marx, tienen una concepción, si no más clara, desde luego más directa.

La “tijera” simboliza la desproporción entre los precios de los productos manufacturados e industriales que necesitan comprar los campesinos y los precios de los productos agrarios que ellos venden. En cuanto el coste de una vara de tela en una aldea del Volga aumenta y el del

(1) *Pud*, medida rusa equivalente a 16,38 kilos; *archin*, igual a 0,71 metros.

grano decae, la tijera comienza a entreabrirse y el campesino principia a protestar. Podrá ser una protesta débil, tímida, pero el eco de ciento veinte millones de campesinos hace que se oiga en seguida en Moscú.

LA SOMBRA DEL PASADO

Hemos preguntado por el habitante más viejo de la aldea, y hénos ante el venerable Stefan Nikolaievitch, que con su blusa tolstoiana, su melena tan blanca como copiosa, da un tipo perfecto de campesino ruso, tal como lo ha popularizado en Europa la literatura de su país, y más plásticamente los artistas de la ya en todas partes célebre *troupe* de "El Pájaro Azul".

Stefan Nicolaievitch tiene ochenta y seis años y una memoria prodigiosa. Conserva ese sentido del humor tan netamente ruso, y que no han logrado atrofiar del todo ni el régimen de embrutecimiento en que hasta aquí vivieran las aldeas ni el consumo del *vodka*, abolido hoy para tortura de nuestro amable interlocutor, extraño por completo a los prejuicios abolicionistas (1). No sabe leer. Le ha parecido indudablemente un poco tarde para ir a la escuela que hace

(1) Desgraciadamente, la necesidad de procurarse fondos, ha llevado al Gobierno soviético a restablecer en 1925 el consumo del *vodka*.

tres años fundara el Soviet local, y en la que han aprendido las primeras letras otros poco más jóvenes que él. Ha vivido, en cambio, tanto, que su conversación substituye ventajosamente a cualquier disertación académica sobre las condiciones en Rusia a mediados del siglo pasado. Nuestras preguntas tienden principalmente a hacerle hablar de la época de servidumbre. La lectura del interesante trabajo de Simkovitch sobre la liberación del campesino ruso, nos ayuda a completar la evocación que se desprende del relato de este testigo directo.

Por un momento nos sentimos transportados a la Rusia anterior a 1861. El campesino ruso es un objeto más en la propiedad de su señor. Puede venderlo a capricho, junto con la tierra en que trabaja o por separado, como una cabeza de ganado cualquiera. Es a la vez su amo y su juez. Puede condenarle a las docenas de golpes de *knut* que le parezcan apropiadas o enviarle a Siberia para que muera allí, si los agentes encargados de su transporte no prefieren deshacerse de él en el camino. Interviene, además, en la vida de familia del campesino: él es quien autoriza a las hijas de aquél a casarse, llevando a menudo su jurisdicción al extremo de probar antes por sí mismo la capacidad de procrear de sus súbditas, siempre que se trate de muchachas cuya belleza las haga acreedoras a tal honor.

Así vivió Rusia a mediados del siglo pasado, bajo un régimen cuya cabeza visible, el zar, era visitado por los monarcas de los países de Europa y gozaba de la benévola amistad del Sumo Pontífice. Así vivió Rusia, sin que el mundo civilizado, tan estremecido sesenta años después, al sentir el formidable aletazo de una revolución que tenía su primer antecedente en aquel régimen de ignominia, se sintiese mayormente perturbado por la vecindad de un país en que ocurrían tales cosas.

El decreto de 19 de febrero de 1861 arranca por fin al campesino de entre las garras del amo. Deja de ser su esclavo personal para convertirse en esclavo de todo un sistema basado en la explotación económica de una clase por otra. La ley obliga al propietario rural a proveer de tierra a los campesinos que acaban de ser libertados. Pero al mismo tiempo le autoriza a exigir un rédito, excesivamente elevado, por las tierras que entrega. La renta en forma de trabajo personal se transforma en renta en dinero.

Conforme a lo establecido por dicho decreto, la extensión de terreno prevista para cada campesino no debía nunca ser menor a la por él cultivada durante el período de servidumbre. No les costó, sin embargo, a los propietarios gran esfuerzo organizar el reparto de manera que redundara en provecho suyo y en

perjuicio, consiguientemente, del campesino. En la mayoría de los casos el campesino se encuentra con que la libertad que acaban de concederle, sólo le significa el poder morir de hambre por su propia cuenta en un pedazo de terruño nominalmente suyo. Cabía calcular entonces entre cinco y diez *deziatines* (1), según el carácter más o menos extensivo del cultivo, la cantidad de tierra que necesitaba un hogar campesino para poder sostenerse. Pues bien: al ponerse en práctica la ley de febrero de 1861, de los cincuenta Gobiernos que constituían la Rusia europea sólo en dieciocho de ellos recibe el campesino más de cinco *deziatines*.

Esta escasez de tierra se hace aún más sensible con el rápido aumento de la población. De 1861 a fines de siglo la población rural se dobla. Disminuye proporcionalmente la extensión de los lotes individuales. El promedio de tierra por cada "alma" masculina, que en 1861 es de 4,83 *deziatines*—tomando a Rusia en su conjunto—, se reduce en 1880 a 3,82 y en 1900 a 2,80 *deziatines*.

El decreto de 1861 libra a Rusia del oprobio del régimen de servidumbre, pero la explotación del campesino por el gran terrateniente continúa bajo formas distintas hasta que estalla la revolución.

(1) 1 *deziatin* = 1,092 hectáreas.

Enfrente de esa población inmensa rural, que en 1905 pasa ya de los cien millones, se alza un núcleo poderosísimo de grandes latifundios. Según las estadísticas de ese mismo año, hay en Rusia cerca de treinta mil terratenientes que poseen en total 62 millones de *deziatines*, correspondiendo, por lo tanto, a cada uno de ellos más de dos mil *deziatines*. Los cien millones de almas que formaban la población campesina rusa tenían para sí únicamente el doble de la extensión de terreno acaparada por treinta mil latifundistas.

Durante años y años vive el campesino ruso una existencia miserable. La mortalidad en Rusia antes de la guerra es dos veces más elevada que en los países escandinavos y un 50 por 100 mayor que en Francia. Hace especialmente estragos entre la población infantil. En 1890, un año que elegimos por no haber ocurrido en él catástrofe natural alguna ni ser especialmente año de hambre, de cada mil niños nacidos en el Gobierno de Pskoff—donde el cólera tampoco azotaba con dureza—morían 829 antes de alcanzar el año. Es decir, una mortalidad de 82,9 por 100.

El campesino se alimentaba principalmente con patatas. Comía carne únicamente cinco o seis veces al año, en las grandes solemnidades familiares o locales.

Cultural y moralmente, la situación del cam-

pesino bajo el zarismo no podía ser más desastrosa. Dos terceras partes de la población rural eran analfabetas. El alcoholismo minaba lentamente la población del campo. La venta de *vodka* suponía para el Estado zarista una renta demasiado considerable para que el Gobierno se preocupase de los efectos que pudiese tener sobre la salud física y moral del campesino. Era inútil que autoridades en la materia, como el doctor Petrovski—Congreso de médicos rusos de 1910—, llamasen la atención acerca de la acción perjudicial del alcohol en las aldeas.

A igual nivel andaba la moral casera. Sin tierra suficiente para alimentar a los suyos, el patriarcal campesino ruso había ido acostumbrándose a que el elemento femenino de la familia aliviase su situación, aunque fuera a costa de su decencia. Según informe oficial del secretario del Consejo de Caridad de San Petersburgo, "cada año venían a San Petersburgo numerosas mujeres y muchachas de las provincias vecinas para practicar la prostitución durante el invierno y volver después en el verano a sus aldeas a participar en las faenas agrícolas". Así se explica la extensión de ciertas enfermedades contagiosas en el campo, que en Rusia no se diferenciaba en eso mucho de la ciudad. Otro informe oficial—publicado en 1910—establece que entre las muchachitas campesinas traídas

a la capital con destino a tráfico tan innoble, había niñas de ocho y nueve años.

Como si entreviera una promesa de luz a través del vaho de alcoholismo y podredumbre, la población campesina se rebelaba de tiempo en tiempo contra aquel estado de cosas. Sólo la injusta distribución de tierras que sigue al decreto "libertador" de 1861 provoca en toda Rusia nada menos que 1.100 levantamientos, ahogados invariablemente en sangre. Hasta 1905, en que su lucha coincide con la del proletariado industrial, le falta, sin embargo, al campesino la conciencia de clase. No sabe organizarse para el combate. Estrangula si viene a mano al propietario más próximo, pero va en seguida a la iglesia a llorar su crimen ante Dios. La revolución de 1905 le inicia en el secreto. Le enseña que nada se adelanta con la venganza personal, aunque a veces el cometería dilate el pecho en un respiro de afirmación viril. Es todo un régimen contra el cual hay que ir. En 1917 los golpes de la masa campesina no se pierden ya en el vacío. La vida en el frente y la convivencia con el proletariado de las grandes urbes ha acabado de abrirles los ojos. Los soldados que en 1917 se baten en las calles de Petrogrado (1) al lado de los obreros de las fábricas, no son sino campesinos en uniforme.

(1) En el curso de este libro el antiguo nombre de San Petersburgo aparece modificado según la época en

Desde 1861, en que apareció el decreto de liberación de los siervos, han transcurrido cincuenta y seis años de esclavitud más o menos atenuada. Por fin los siervos van a ser libres, no por gracia del zar, sino por su propio esfuerzo.

EL CAMPESINO Y LA REVOLUCION

Con recordar que las siete décimas partes de la población rusa es rural queda sentada la importancia que tiene el campesino en la vida del país. Por algo la revolución comunista, que no respeta castas ni clases y que se apoya inmediatamente sobre el proletariado industrial, coloca, sin embargo, al frente del Comité Ejecutivo panruso como jefe de Estado a Kalinin, un campesino a quien todos los veranos se exhibe profusamente en revistas y películas con su clásica blusa tomando parte en las faenas agrícolas de su pueblo natal, en el Gobierno de Teverskaya.

A través de los años y de los cambios políticos, la masa rural rusa continúa siendo el factor decisivo. En ella se hallan contenidas, hoy igual que ayer, todas las posibilidades, desde el levan-

que tenga lugar la acción. Se llamó Petrogrado después de estallar la guerra europea, y luego Leningrado, en honor de Lenin, a raíz de su muerte.